



# ESPAÑA (H) ECHA POLVO

*Si se llega con los ojos bien abiertos a un bar de Legazpi, si se deja uno llevar por la sensación de vivir y beber rodeado de camioneros, de comer en un restaurante de comidas caseras, si se olvida uno de tantos libros inútiles, de tantas teorías estéticas, de tantas conversaciones banales sobre lo que está de moda y lo que no está de moda, si se alcanza a sentir la experiencia de lo cotidiano como un punto en el tiempo, sin pasado ni futuro...*

**¡EE España!**



**MIRÉ LOS MUSLOS DE LA PATRIA MÍA.** Uno se pregunta si España es una geografía, una pesadilla en la mente de los españoles que tienen la cabeza sobre los hombros, o una ficción romántica en la imaginación de todos aquellos que no son españoles. Desde que España es España, es decir, desde nunca, los españoles se han creído que existen de verdad. Pero si le damos la vuelta a la tortilla y llegamos a la conclusión de que España no existe, sino que existe una hermosa tortilla de patatas, que fuera de esta península llaman «tortilla española», nos daremos cuenta que en verdad nuestra forma de ser reales para los demás, como españoles, es a través de la «tortilla española», de los toros, del flamenco...  
¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿No hay otra España?????????

¿Un vasco es vasco porque está contra España?, ¿un gallego, un catalán, serían una pura ficción si no tuviesen como horizonte el *no ser españoles*? ¿Por muy puta, tópica y

típica que sea España, la necesitamos para ser *otra cosa*, otra nacionalidad? Si uno se acerca a ciertas realidades muy concretas, como comer, beber, desear, se verá pronto que damos todos vueltas alrededor de un solo eje, de un punto que se desplaza con nosotros, y que se podría llamar España o cualquier otra cosa. Hace tiempo que algún poeta dijo que «hambre y amor hacen girar el mundo».

**LOS AMORES Y LOS CAMIONES CHOCAN Y LLEGAN AL OLVIDO.** En la plaza de Legazpi, que está en España, se reúnen camioneros de toda esta geografía, la cual se suele conocer como España en los mapas del mundo. En los bares y los restaurantes de esta zona de Madrid hay algo real, algo palpable, que nos hace creer que en verdad existimos. Cualquier mujer que se atreva a entrar a alguno de estos locales, se sentirá, repentinamente, atravesada por miles de miradas que parecen estar co-

nectadas con las braguetas de estos hombres. En un Madrid donde lo importante es mirar a todo el mundo haciendo como que no se mira, disimulando, «porque ya hemos visto de todo aquí», porque somos europeos, modernos y posmodernos de un solo trago, cosmopolitas, iconoclastas, en un Madrid cuya vocación principal es el no ser nada, a fuerza de querer ser como cualquier país desarrollado de Occidente, en un Madrid *ni fu ni fa*, la fulminante, directa, no disimulada, mirada de los hombres de la carretera nos hace sentir que hay otra dimensión de la realidad, quizás algo violenta, quizás algo cateta, pueblerina, primitiva, pero definitivamente relacionada con el cuerpo, con los sentimientos, con los deseos, es decir, una representación de las vidas cuyo motor no es el intelecto.

### MI PATRIA, MI CASA, MI TRESILLO, MI FAMILIA, ¡OLÉ, OLÉ!

—Madrid, después de una visita fugaz, me parece insoportablemente insensual, inhumana, vulgar en el peor sentido de la palabra —me dice una vecina que ha leído mucho.

—Esto de la *sensualidad/insensualidad* me está resultando ser el meridiano por el cual mido mis movimientos —responde un amigo que también ha leído mucho; y sigue diciendo:

—Parece imposible pensar que La Mancha sea sensual, pero..., a mí cada día me resulta esta gente más sureña, mucho más que los andaluces. Lorca dijo una vez, como reacción al castellanismo de la generación del 98: «Ya está bien de Castilla». Y creo que es el momento de decir: «Ya está bien de Andalucía». Todos los tópicos son igualmente limitadores y absurdos; la base real del tópico de la sensualidad andaluza se funda en la rutina del pensamiento: se necesita un lugar común para creer que nuestra vida es real. Más difícil es crear su propio abismo, y decir a todo lo aprendido: NO. Entonces uno se queda solo, como un perro abandonado, frente a sus creencias, sus deseos, su opinión sobre el mundo y sobre la cultura. Es una exaltante sensación de libertad, y de miedo a la vez, lo que le queda a uno. La cultura no da libertad sino que encasilla, clasifica, da moldes al pensamiento. Por eso creo que hay que usar todo lo que se hereda de la enseñanza para pulverizarla, destruirla, buscar su sombra o su reverso, para ser nosotros mismos, no lo que la cultura nos dice que somos. No se trata de odiar (a nada o a nadie) sino de amar lo más inmediato, lo más cercano a uno, con una violencia tal que el mismo ritual de tomarse un café por la mañana lo sienta uno como un acto religioso, como un rito que nos comunica con nuestro propio universo, es decir, con todos los universos.

—¡Hija, qué rollo! —responde la vecina—. Mira, hay un poeta, J.A.V., que dijo lo siguiente: «El lugar no tiene representación, porque su realidad y su representación no se diferencian. El lugar es el punto o el centro sobre el que se circunscribe el universo. La patria tiene límite o limita; el lugar, no. Por eso, tal vez fuera necesario ser más lugareño y menos patriota, a fin de fomentar la universalidad».



(Como se puede notar, el pueblo español es mucho más culto de lo que se quiere creer. Este diálogo, *tan natural*, fue recogido por el autor en un mercado cualquiera de un lugar de La Mancha).

**CONTRA EL DESENCANTO DE LOS INTELLECTUALES.** Amanece, son las siete de la mañana, y mi ordenador, que es caprichoso como yo, me ofrece una pantalla totalmente azul, en la cual no puedo ver lo que escribo. Toco el ordenador con un golpecito cariñoso y vuelve a su normalidad. Estos caprichos del Zenith Data Systems (SupersPORT) lo hacen más humano.

He ido andando al quiosko y me he tomado dos cafés con leche y una copa de anís seco. Durante el paseo de ida y vuelta he pensado en los problemas que implica una crítica sistemática de la realidad social. Esta actitud, la actitud crítica, es una herencia del siglo XVIII, que sodo-

miza toda posibilidad de utopía y destruye el poder creador de la sociedad. Los románticos se dieron cuenta pronto de que cualquier sociedad dirigida por la razón era un suicidio. Ahora, en plena posmodernidad, creo que la recuperación de la lucidez irracional del romanticismo se hace más necesaria que nunca.

En realidad, ¿qué es lo que se gana con una crítica sistemática de la vida? Muy poco; una actitud derrotista que paraliza nuestro poder creador. La comunista italiana Rossana Rossanda declaraba en un periódico: «Ahora abundan los que saben sólo lloriquear, los *desencantados*. Para mí no hay cosa más patética que un intelectual desencantado, porque o el intelectual es capaz de entender lo que pasa a su alrededor e influir sobre la realidad, o es mejor que se pegue un tiro».

En España, esto es una enfermedad...: todo el mundo critica y se queja. Muy pocos intelectuales intentan entender lo que está pasando en su entorno, muy pocos intelectuales se *meten* en la realidad. Desde sus apartamentos dorados de las capitales, leen la prensa, ven la televisión, releen algún libro. Los juicios de la mayoría de estos escritores se basan en la información diaria que tienen a su mano y en sus conocimientos libresco. Pero la realidad no es sólo información sobre ella, sino principalmente la experiencia propia de esa realidad. La experiencia intelectual de la vida social es sólo un aspecto de la realidad; la vivencia personal nos liga a la realidad de una forma más directa, quizá errónea en parte, pero la esencia de la verdad está hecha de equivocaciones, de defectos de percepción, no sólo de los flechazos ciertos y analíticos de nuestra capacidad mental. Es un error creer que lo verdadero y lo auténtico son una misma cosa. Cuando se tira una flecha a un blanco, a una diana, aunque no alcancemos a dar en el centro, no por eso es menos auténtico y verdadero nuestro disparo, nuestra intención, nuestra voluntad. En todo caso, de lo que se trata es de recuperar el entusiasmo, las ganas, los deseos, la imaginación, el poder creador, cada vez más debilitados por la actitud crítica y derrotista de los intelectuales.

**DE TODAS LAS HISTORIAS DE LA HISTORIA, SIN DUDA LA MÁS TRISTE ES LA DE ESPAÑA**, escribió Jaime Gil de Biedma. La pregunta sería si es que existe alguna historia, de algún país, que no sea igualmente triste. El fracaso de la España democrática es un falseamiento de la realidad; los que hemos fracasado somos los españoles. Porque una de dos, o se llega a la conclusión de que, tanto durante el período *francoista* como en el socialista, nuestros gobernantes no eran españoles, o entonces, se asume

que existen *otros* españoles que son los buenos, los decentes, los que hubieran podido hacer de España una España mejor y diferente. ¿Dónde están esos españoles?, ¿quiénes son esos españoles? Habría que empezar por proponer respuestas, soluciones, tratar de ver si en verdad se puede construir un *mundo mejor*, un país que funcione mejor.

**ALGUNAS PROPUESTAS IMPERTINENTES PARA RECONSTRUIR ESPAÑA:** cambiar el nombre de España por un número (por ejemplo 2.000); cambiar todas las banderas por una sola bandera (por ejemplo una paño verde con lunares blancos); eliminar todos los partidos políticos y elegir a personas que, de algún modo, hayan demostrado su eficiencia en alguna especialidad para cuyo cargo se presentan (economía, seguridad, etc.); descentralizar todos los poderes que pueden estar unidos por ordenadores, sin que estos poderes residan en las grandes ciudades; vaciar todas las grandes ciudades de coches y habitantes y dejarlas como monumentos de nuestro fracaso, sólo dedicados a actividades culturales; dejar que la aristocracia, la Iglesia y el Ejército se retiren dignamente a jugar su juego en sus casitas; legalizar todo tipo de drogas para que cada persona se vaya al diablo como le dé la gana; prohibir toda la publicidad de los automóviles; enseñar a toda la gente a autocriticarse antes de criticar a los demás; crear impuestos de un 90 por 100 para todos aquellos que poseen más de una casa, un coche y unos medios dignos, según vaya cambiando la economía; eliminar todo tipo de impuestos para los obreros y los más pobres; hacer que funcione la telefónica; modificar los servicios, para que cuando uno use la taza de WC, no haya que utilizar una brocha de plástico para limpiar la mierda; hacer pequeños hospitales, pequeños museos, pequeños centros culturales, pequeños campos de deportes, para que la gente tenga donde ir cerca de su casa, no sólo en las capitales; eliminar toda noticia de orden político de las primeras páginas de los periódicos; hacer entender a toda persona que asuma un cargo público, que está en ese cargo para servirnos a nosotros, y no nosotros a ellos... Estas breves notas son, como se puede ver, un pequeño principio para cambiar a España, pero una norma ha de regir toda posibilidad de mejoramiento: la de asumir de una vez por todas que nunca nada ha funcionado perfectamente, y que si se llega a algún pequeño acierto de vez en cuando habrá que felicitarlo; asumir también que la mayoría de los seres humanos somos unos asquerosos egoístas, y que no hay ideología ni religión que no demuestre que en verdad tenemos una propensión a eliminar a todos aquellos que no piensen o sientan como nosotros. Vale. ●

